Biblioteca Nacional de España

VC/534/2

Biblioteca Nácional de España

Biblioteca Nacional de España

C.ª 534 nº 2

Biblioteca Nacional de España

Un cuartillo de real la entrega.

DIEGO CORRIENTE

(HISTORIA DE UN BANDIDO CÉLEBRE)

POR

Biblioteca Nacional de España

5

BIBLIOTECA DE LA SINCERIDAD.

BIOGRAFÍA

DE

D. JOSÉ ESPRONCEDA.

CARMONA.

Imprenta y librería de *La Sinceridad*.
Oficiales, 28.
1867.

C. 1874-Octubre 24.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIOGRAFÍA

de

D. JOSÉ ESPRONCEDA.

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo transformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben antes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creacion hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesía á escelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que dá animacion su mente y donde le sustenta su imaginacion de fue-

go; asi cede el robusto roble al soplo de los vendabales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor del *Diablo mundo*: pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que mas la caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á D. José Espronceda la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguia su padre la honrosa profesion de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la independencia como coronel de un regimiento de caballería en la provincia de Estremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las contínuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse oprimida por vivísimos dolores en la villa de Almendralejo, donde dió á luz al que mas tarde habia de ser honra y prez de la poesía castellana: corria á la sazon el año de 1810 y era la estacion de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecia en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenia este algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el

colegio de San Mateo. Discípulo de Lista, y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigia á celebrar la jornada del 7 de julio: enseñósela á su buen maestro: á cada verso que constaba, á cada imágen medianamente descrita, esclamaba Lista regocijado:—Oyes, ¡esto es magnífico! A cada locucion trivial, á cada frase impropia é incoherente, decia sin fruncir el ceño: —Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregia los defectos y animaba el naciente númen del vate: así para llevar por un sendero á sus alumnos nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabia granjearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacian el oficio de espresos mandatos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista despues de cerrado el colegio: tambien figuraba entre los que aplicándose poco, lucian mucho: miembro de la academia del *Mirto* progresaba en la poesía: con vocacion á la política y liberal por el convencimiento de que es capaz un jóven de 14 años, pertenecia á la sociedad de los *Numantinos*, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salia de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residia á la sazon su padre.

Biblioteca Nacional de España

Allí en la soledad del claustro se enaltecia su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiracion vigorosa, no se detenia á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarian eco en la sociedad de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecia asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauracion de la monarquía de los Godos en pugna con la civilizacion floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma. Ofrecia este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñas, la cruz y la media luna: cabian escelentes episodios en que alternáran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por su independencia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsámados con olorosas esencias y enriquecidos con sedería y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumento tan digno y grandioso como la *Conquista de Granada* y *el descubrimiento del Nuevo Mundo*. Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la coleccion de sus poesías, nuestro voto le seria favorable; pues hay allí

pasages que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del Rey Don Rodrigo*. A Don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento, y aun son suyas algunas octavas en los fragmentos contenidos. No habia renunciado Espronceda á terminar *El Pelayo*, y constantemente poseido de la belleza del asunto, es probable que al darle cima hubiera variado de metros á fin de amenizar mas el conjunto de la obra.

Cumplida su condena vino á la córte: bajo la recelosa mirada de la policía le amagaban persecuciones, y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no menos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar puso su planta en el primer pais estrangero sin apartarse de nuestro territorio. Como se trasladó desde allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosáran entonces. Por no eclipsar la brillantez de su relato reduciéndolo á mas estrechos límites de los que ocupa en el *Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato importante. Despues de echar el ancla en el puerto de Lisboa el desmantelado falucho que conducia al jóven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasageros el pago de una gabela: cuando á Espronceda le

Biblioteca Nacional de España

llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componia todo su erario; le devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero.*

Para el que al anochecer de un dia nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad estraña, sin pan que le sustente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vejetan ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazon resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance, congojoso y amargo para los que se anegan en poca agua. No pertenecia Espronceda á esta clase: pobre como Homero desembarcaba en el pais del cantor de Vasco de Gama: allí entre privaciones y escaseces tuvo orígen esa pasion amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasion embellecida por su imaginacion ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorbe gran parte de su existencia. Propio de una novela seria narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores: omitiríamoslas nosotros aun cuando se adaptasen á la índole de esta obra, porque acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y

Biblioteca Nacional de España

hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la contínua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no los consentian á la puerta de casa: por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Londres, cuyo suelo fué para todos mas hospitalario. Dividia el poéta estremeño las horas entre sus desvarios amorosos y sus estudios: leia á Shakespeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesias, no seria difícil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores: entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su pais acentos, no lánguidos y pobres de valentia como los de Martinez de la Rosa en ocasion semejante, sino bien sentidos y espresados á estilo del profeta de las lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nacion que habia dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendia el sol á su ocaso.

Tal vez en Lóndres gozaba Espronceda el periodo mas feliz de su vida aun cuando no abundase en recursos. Cruzaba despues el Canal de la Mancha fijando en Paris su residencia: entusiasta por la libertad de los pueblos se batia en el puente de las Artes y de-

trás de las barricadas durante los tres dias de julio. Venia mas tarde entre aquel puñado de españoles que mas acá del Pirineo dieran estériles señales de bizarría, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heróicamente Don Joaquin de Pablo. Vuelto á Paris se inscribia en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heróica empresa contrariada por Luis Felipe con la voluntad inflecsible de un soberano bien quisto de su pueblo. A la mágica voz de amnistía regresaba Espronceda al suelo pátrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el cuerpo de guardias de la real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus gefes, sin duda hubiera sido uno de los mas pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un imprevisto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó en mostrárselos al monarca: llamó este al capitan del cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales y el poéta dejó de ser guardia.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Desterrado á la villa de Cuéllar reunió materiales y compuso una coleccion de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela: si corresponde al título que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldaña* en primera línea entre esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la promulgacion del Estatuto, se hizo Espronceda periodista; su altivo pensamiento no podia soportar el yugo de la prévia censura. Contábase entre los redactores del *Siglo*, de que era director Don Bernardino Nuñez Arenas, propietario el señor Faura y censor el señor Gonzalez Allende. Prohibidos por este los materiales destinados al número 14 del periódico mas caliente de entonces, no sabian los redactores como salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara *El Siglo en blanco:* asistieron todos sin dificultad á la propuesta, y al dia siguiente se repartia su diario con los epígrafes de: *La Amnistia.—Política interior.—Carta de D. Miguel y Don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo.—Sobre córtes.—Cancion á la muerte de Don Joaquin de Pablo (Chapalangarra.)* De resultas fué vedada la publicacion del Siglo, y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de órden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza mayor de esta córte y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener por pocas horas el fuego que habia cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poéta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de Setiembre, que forzosamente habia de prevalecer secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil combatientes. Luego que lo supo tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañia de cazadores de que era téniente. Sonaba su voz en el jurado, defendiendo un artículo del *Huracan* denunciado por aquellos dias. Del modo mas esplícito hizo alarde de sus opiniones republicanas; temia que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados y esclamaba: «Yo bien sé que despues de violentas borrascas »quedan insectos sobre la tierra que corrompen la atmósfera con su fétido aliento.» Justificando aquel trastorno y recalcando la precision que habia de variar de rumbo decia: «Hasta ahora ha visto la nacion que sus re»presentantes se han arrojado sobre ella para »devorarla como una horda de cosacos.» Creia que si todos se persuadieran de la escelencia

del gobierno republicano y se tratará luego de imponer castigos á sus defensores, habria que *fusilar á la humanidad entera*. Abundaba su discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos y el artículo del Huracan fué absuelto.

Por el mes de diciembre de 1841 se dirigia á el Haya á desempeñar la secretaria de la legacion española: regresaba poco despues á Madrid como representante de Almería en el Congreso. Ya decaida su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, habia sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fria Holanda en lo mas crudo del invierno.

Bien conocian sus admiradores que no cubririan canas aquella erguida frente, y sus temores se realizaron mucho antes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamacion en la garganta, espiró á los cuatro dias de enfermedad á las 9 de la mañana del 23 de mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos amigos. Profunda sensacion causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguia el atahud del poéta acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo Don Enrique Gil conmovia á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegía recitada entre sollozos.

Poéta de esplendorosa fantasía, de númen

Biblioteca Nacional de España

potente, de entonacion robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del mas férvido entusiasmo amaba los peligros y se esparcia su ánimo imaginando temerarias empresas. En la edad antigua y en la pátria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibiades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas: en la edad media hubiera merecido la ínclita gloria de que se leyesen sus hazañas en el poema del Tasso: al principio de la edad moderna le hubiera visto Cristóbal Colon á borde de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fé religiosa el siglo de Espronceda, siglo en que de todo se hace mercancía, en que todo se reduce á guarismos y se pesa y se quilata; siglo en fin de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cáuce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseido inmensos caudales fuera el *Don Juan Tenorio* del siglo diez y nueve.

Una de las canciones mas celebradas de Espronceda es *El Pirata*, donde pinta admirablemente al hombre que tiene el *mar por pátria*. Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando

en chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó el muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos desciende la noche, ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celage, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el resplandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcan preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento ó al soberbio hervir de magestuosa catarata quebrantándose de roca en roca. Todos esos goces los habíamos concebido antes de surcar los mares: nos lo revelaba la cancion de Espronceda: muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el Océano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasion de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona

de su amor á los peligros en la cancion del *Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del Cosaco*: lo acrisolado de su patriotismo en la *Despedida del jóven griego de la hija del apóstata*: sus delirios de socialista en *el Mendigo* y en *el Verdugo*: en el *Himno al sol* su elevacion de ideas: cuando canta *A un Lucero* llora la pérdida de sus ilusiones: cuando en una *orgía* se dirige á *Jarifa* el hastío le devora: cuando compone *El estudiante de Salamanca* dibuja en Don Felix de Montemar su propio retrato. Con leer ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poéta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un exacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de sus poesías sueltas: en *el Español* dos fragmentos de una leyenda *El Templario*: en *el Pensamiento* un romance á *Laura*: en *el Iris* estrofas de una oda á la *traslacion de las cenizas de Napoleon* y un fragmento de *El diablo mundo*, titulado *El ángel y el poéta*: en *el Labriego* una composicion al *Dos de Mayo*. De esta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en gefe de las tropas de Isabel II escribió su célebre manifiesto sobre la cureña de un cañon en el Mas de las Matas, no se avenian los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la

derrota, y no desperdiciaban momento de maquinar contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las córtes de 1840 eligieron por campo de batalla la discucion de actas electorales impugnándolas una por una con prolijidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algun proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesion del 23 de febrero hervia la multitud á las puertas del Congreso; descansaba sobre las armas un piquete de infanteria en el solar de las monjas de Pinto: pedia la palabra Don Joaquin María Lopez, y al decir en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras* y *á llamar las cosas por sus verdaderos nombres* estallaba en las galerias y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibíase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte esterior del edificio: se refugiaba el gefe político de Madrid al salon de columnas. Continuando la sesion aseguraba el gabinete que habia adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algun diputado replicaba, *todavía no oigo el estampido de los cañones*: uno de los alcaldes constitucionales se sonreia con calma sin moverse de su escaño, y se hacia de nuevas tal indivíduo que habia intervenido en los preliminares del alboroto. Mientras se representaba en el salon de las se-

siones tan pobre farsa, ocurrian escenas mas tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta córte, les invitaba al órden hablándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano.—Respetad la ley, hijos.—Vd. es el que ha de respetar al pueblo,—le decia alguno.—Orden, señores, repetia el gobernador de la plaza.—¡Miren quién proclama el órden! reponia otro, el segundo de Bessieres.—Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones contestaba el general:—Sí, señores, he sido segundo de Bessieres; pero ahora sirvo á la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella.—Con la misma lealtad servirá vd. esta causa que la otra.—Tan escandaloso diálogo no se podia prolongar mas tiempo. A la llegada del capitan general empezaban á llover piedras sobre la tropa: aquel gefe declaró á Madrid en estado de sitio al son de trompetas: como el pueblo no despejase la Plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre: salváronse con la fuga todos, menos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pié firme y cayó al suelo sin vida. Al dia siguiente fué tambien la sesion borrascosa: hubo otras parecidas antes y despues de constituirse el Congreso con motivo de la discucion

de la ley sobre ayuntamientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle aquel gobierno poco previsor ó sobradamente temerario una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitan general de Castilla la Nueva, y debia presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el dia dos de mayo. Entonces iba á reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la esplosion fuera mas terrible y espantosa, compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describia con mágica vehemencia el afrentoso espectáculo de la córte de Cárlos IV vendida á los franceses, como se creia en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño como la reconoce la historia. Para significar el esfuerzo de España en la lucha de la independencia decia arrebatado por su inspiracion vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.

Tronaba despues fieramente indignado, por el triste galardon otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

Biblioteca Nacional de España

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.

Aludía á la segunda época constitucional, y bramando de ira esclamaba con solemne acento:

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los franceses: ni omitia señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo; sus palabras eran estas:

Hoy esa raza degradada, espúria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca tambien por renovar tu injuria
De estrangeros monarcas la tutela.

Tras de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venia el apóstrofe desdeñoso y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el corage del pueblo impeliéndole al combate; así concluia su inspiracion volcánica y tremebunda:

Biblioteca Nacional de España

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la megilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorar como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto tambien mi corazon estalle.

Esta composicion, espresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en la formacion el capitan general de Castilla la Nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oidas, sino como testigos presenciales.

A la muerte de Espronceda nos quedaron siete cantos del *Diablo mundo*: segun el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca el fin coronára su obra, grandioso engendro de una imaginacion fecunda y de un desgarrador escepticismo. De esta suerte esponia su pensamiento en el primer canto:

Nada menos te ofrezco que un poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre, y la quimera
Tras de que vá la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda queria alfombrarla de flores, por eso prometia desenvolver su asunto.

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando,
Ora cantando plácido y tranquilo;
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Su héroe con cuerpo de hombre y alma de niño debia pasar por situaciones altamente originales entre las diversas gerarquías de vivientes. Preso al amanecer rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una mujer del pueblo bajo, instruido por su padre con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embelesado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean

Biblioteca Nacional de España

joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija: ansioso por restituirla á la existencia, *Adan* es un personage de interés sumo. Exactitud y tono conveniente resaltan en los diferentes cuadros de este poema, que por su índole no hubiera alcanzado popularidad sino en un pais de filósofos y pensadores. Espronceda habia intercalado un canto *A Teresa*: segun su espresion propia puede saltarlo el que guste, pues es un desahogo de su corazon y nada tiene que ver con el poema; pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con el desgarramiento de sus entrañas y con su desencanto y su hastío. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo del *Diablo mundo*. Espronceda lo leía de una manera admirable y en tono de grata y solemne canturia.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del parlamento. Verdad es que ya no tenia fuerzas físicas y solo su portentoso espíritu le alentaba; sin embargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; tal vez en momentos dados fascinára á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario balbuciente y mal seguro, y solo por intérvalos nervioso y prepotente: nunca hubiera sido paladin muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacia aun mas interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro: cediendo á los impulsos de su corazon, centro de generosidad y nobleza, pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijára su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño pervertia á los que se doblaban á su vasallage. Hacia gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes, renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaria sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemia desolado y afligido por el cólera-morbo, se metia en casas agenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venia á ser una joya caida en un lodazal, donde habia perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacia querer de cuantos le trataban, y á todos sus vicios sabia poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos, desde entonces luce de contínuo sobre su sepulcro una guirnalda de siempre-vivas.—Madrid agosto de 1846.

Antonio Ferrer del Rio.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ENTREGAS 73 á 80.

VEANSE LOS ANUNCIOS INSERTOS EN ESTA CUBIERTA.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, núm. 5.

1866.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000558529